



### XXXIV

**CU**ANDO vuestra patria os cree incompatible con su reposo, con sus instituciones ó con sus creencias, no hay más remedio que abandonarla, aunque abandonéis con ella la mitad de vuestra vida. Por todas partes hay aire, pero no es aquel aire que ha recogido los suspiros del primer amor. Todas las naciones tienen hogares que ofrecer, pero ninguno es el hogar donde habéis recibido la bendición de vuestra madre. El cielo es grande y se extiende por todo el planeta, pero no es el cielo bajo el cual soñasteis con vuestras esperanzas muertas en flor y fuisteis con las rientes ilusiones. Toda la tierra puede ocultar vuestro cadáver, pero ¡ay! vuestros huesos estarán más

solitarios en la tierra impía que no tenga también los huesos de vuestros padres. Morir en tierra extranjera es el mayor de los castigos. No en vano hemos nacido en un país. Tenemos de su suelo un jugo semejante al que recoge de la tierra la raíz del árbol; tenemos de su cielo un beso en la frente. Nuestro corazón está amasado de aquella arcilla. Nuestras ideas se confunden casi con la palabra que la patria ha puesto en nuestros labios. El destierro concluye por convertirse en una enfermedad mortal de corazón. Deseáis, anheláis marchar entre gentes con las cuales tenéis esa comunidad de origen, de sangre, de lenguaje, de vida que constituye el ser de vuestra patria, dilatación de vuestro propio ser. Y después de haber visto las mayores naciones del mundo, las ciudades más célebres, los monumentos más sublimes; después de haber tratado á los hombres más ilustres; después de haber asistido á una gran sesión en las Cámaras de París y Londres, á una Misa en San Pedro de Roma, á una salida del Sol en la bahía de Nápoles, á una serenata en el gran canal de Venecia, á una excursión por la cima de los Alpes, en-

tre los hielos eternos, al ruido de las cataratas que mugen cayendo en el valle y de los aludes que levantan remolinos de nieve á las alturas, volvéis los ojos allá al lejano país, donde tuvisteis la cuna, y resumís todas vuestras ambiciones en ser el último de sus ciudadanos, el más obscuro de sus hijos por tener hoy entre vuestra familia y vuestros amigos un hogar y mañana en la tierra de vuestros padres una olvidada sepultura.

(De su obra titulada *Lord Byron.*)